



La dimensión eclesiológica, comunitaria y celebrativa de la fe

Guillermo JUAN MORADO

Instituto Teológico de Vigo

Resumen: La reflexión sobre la Iglesia en sus dimensiones eclesiológica, comunitaria y celebrativa, nos lleva a tener presente, en primer lugar, a la Iglesia como sujeto creyente, esposa de Cristo y Madre de los creyentes. En segundo lugar, a ver en ella los aspectos de comunidad y comunión, reflejo de la comunión trinitaria. Por último, la celebración es encuentro con el misterio de Cristo en el que se manifiesta la Iglesia y se pone de relieve la eclesialidad de la misma fe.

Palabras clave: Sujeto creyente, Iglesia, comunión, comunidad, asamblea litúrgica.

INTRODUCCIÓN

El objetivo de este trabajo consiste en reflexionar sobre la dimensión eclesiológica, comunitaria y celebrativa de la fe; de una fe que es «profesada, celebrada, vivida y rezada»¹.

En nuestra exposición dedicaremos mayor espacio a la dimensión eclesiológica, ya que entendemos que está a la base de las otras dos, la comunitaria y la celebrativa². En un primer momento, nos ocuparemos de la Iglesia como

1 BENEDICTO XVI, *Porta fidei*, 9.

2 Cf G. JUAN MORADO, «Ogni credente è come un anello nella grande catena dei credenti», en G. PASQUALE-C. DOTOLO (EDD.), *Amore e verità. Sintesi prospettica di Teologia Fonda-*

«sujeto creyente» evocando algunas reflexiones al respecto, no por conocidas menos útiles, de Romano Guardini y de Henri de Lubac.

Contemplando a la Iglesia como Esposa de Cristo, intentaremos mostrar el carácter de ejemplaridad que posee la fe de la Iglesia. Considerando a la Iglesia como Madre de los creyentes, incidiremos en la precedencia de la fe eclesial con respecto a la fe personal. Una precedencia que se refleja, al menos, en tres ámbitos: la Tradición, el lenguaje y la misión.

Al abordar la dimensión comunitaria de la fe, no abandonaremos el aspecto eclesiológico; más bien profundizaremos en él, teniendo en cuenta que la Iglesia es la comunidad de los creyentes y un misterio de comunión.

Finalmente, abordaremos la dimensión celebrativa, en la que la fe se nutre y se manifiesta.

No es preciso insistir en los límites de nuestra exposición, que no aspira a un tratamiento exhaustivo de estas cuestiones, sino a proporcionar un marco de reflexión que pueda servir como telón de fondo para el debate posterior.

I. DIMENSIÓN ECLESIOLOGICA

La salvación viene de Dios, pero recibimos la vida de fe a través de la Iglesia. La misma expresión «creer en la Iglesia» debe interpretarse como «creer eclesialmente». La Iglesia es el modo, el contexto y el lugar desde donde se cree, gracias al impulso del Espíritu Santo, en Dios uno y trino³.

La Iglesia no es primeramente objeto, término o contenido de la fe, sino una dimensión intrínseca del creer⁴. Es verdad que la Iglesia puede ser definida, por aparecer como un artículo del Credo, como un objeto material de la fe y, de manera instrumental, forma parte también del objeto formal de la fe, ya que, a través de ella, se manifiesta la autoridad de Dios revelante⁵. Pero la Iglesia no forma parte de la fe como un objeto cualquiera, sino como principio y órgano de discernimiento de lo que debe ser creído.

Entre las múltiples cuestiones que pueden ser abordadas a la hora de tratar la dimensión eclesiológica de la fe –dimensión que, en cierto modo, coincide con la comunitaria y que está en la base de la celebrativa–, nos referiremos, como ya hemos señalado, a la Iglesia como sujeto creyente que realiza como

mentale, Roma 2011, 551-566. El texto ha sido publicado en castellano en *Telmus* (4/2011), 85-97).

3 Cf S. PIÉ-NINOT, *La Teología fundamental*, Salamanca 2009, 543-571.

4 Cf S. PIÉ-NINOT, *Eclesiología. La sacramentalidad de la comunidad cristiana*, Salamanca 2007, 53-54.

5 Cf A. DULLES, *Il fondamento delle cose sperate*, Brescia 1997, 263.

Esposa la perfección de la fe y que, como Madre, precede en la fe a cada creyente.

1.1. La Iglesia como sujeto creyente

«Crear es un acto eclesial. La fe de la Iglesia precede, engendra, conduce y alimenta nuestra fe»⁶. En el acto de creer se da una doble atribución de sujeto: es la persona la que cree y es, al mismo tiempo, la Iglesia la que cree. La Iglesia es, a la vez, transmisora de la revelación y sujeto de la fe⁷.

Tal como lo expresa Benedicto XVI en *Porta fidei*: «La misma profesión de fe es un acto personal y al mismo tiempo comunitario. En efecto, el primer sujeto de la fe es la Iglesia»⁸. En el anuncio de la Palabra y en los sacramentos, la Iglesia constituye un sujeto determinado, cuya memoria mantiene presente la enseñanza y la acción de Jesús⁹.

Debemos, pues, profundizar en la comprensión de la Iglesia como *sujeto*, como realidad de la que se predica o anuncia algo. La palabra *Iglesia* se emplea, en muchas proposiciones, como sujeto gramatical; por ejemplo, cuando decimos: «La Iglesia es el cuerpo de Cristo». Asimismo, en el «sujeto histórico» de la Iglesia se desvela su misterio¹⁰. De modo análogo, podemos referirnos a la Iglesia como «sujeto jurídico», como parte obligada en una relación jurídica.

En orden a nuestro tema, intentaremos ahondar en la Iglesia como «sujeto creyente». La Iglesia, como sujeto, cree y en su fe encontramos los creyentes individuales el modelo y la perfección de nuestra fe. En la celebración de la Santa Misa, en el rito de la comunión, pedimos a Jesucristo: «no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia». En este horizonte podemos evocar algunas intuiciones de R. Guardini y de Henri de Lubac que nos resultarán iluminadoras.

1.1.1. R. Guardini: La Iglesia, colectividad creyente

Romano Guardini presenta a la Iglesia como «colectividad creyente». Escribe en *Sobre la vida de fe* que si se le hubiera preguntado a un hombre de los

6 *Catecismo de la Iglesia Católica*, 181.

7 Cf. C. IZQUIERDO, «Fe. VI. Carácter eclesial de la fe», en C. IZQUIERDO (DIR.), *Diccionario de Teología*, Pamplona 2006, 406-407, 406.

8 BENEDICTO XVI, *Porta fidei*, 10.

9 Cf. J. RATZINGER, *La Iglesia. Una comunidad siempre en camino*, Madrid 2005, 17.

10 COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, «Temas selectos de eclesiología» (1985); cf. S. PIÉ-NINOT, *Eclesiología. La sacramentalidad de la comunidad cristiana*, 247.

primeros siglos del cristianismo: «¿Qué significa la Iglesia para tu fe?», seguramente habría respondido: «La Iglesia es la madre que ha dado vida a mi fe, es el aire que respiro, el suelo en el que se afirma mi fe. En realidad, es la Iglesia la que cree; es su fe la que vive en la mía»¹¹.

La seriedad de la fe hace que el papel del individuo al creer no pueda ser soslayado: Nadie puede tomar la decisión de creer en su lugar. Pero Dios llama al individuo en su condición de hombre vinculado a la red de los contextos necesarios para su vida y, en consecuencia, no hay fe aislada o independiente: «Nuestra fe personal extrae su vida de toda la fe que nos rodea y que se remonta hasta el pasado, y eso constituye ya la Iglesia»¹².

La Iglesia es el «nosotros» en la fe: «Es el conjunto, la comunidad de los creyentes; es la colectividad creyente. La que debe decir ‘nosotros’ no es solo la plegaria cristiana; es también la fe, porque también en ésta está arraigado el ‘nosotros’ como totalidad»¹³.

El «nosotros» es algo más que la suma de los individuos; es un impulso surgido de todos ellos. La verdadera colectividad es «una vasta estructura viviente de la que cada uno forma parte como miembro»¹⁴. No se trata de una comunidad surgida de la necesidad gregaria del individuo, sino de la institución de Cristo plantada en la historia, en la humanidad, que comprende no solo a «muchos», sino a «todos», a la humanidad total.

Esta totalidad cristiana es algo «substancial»¹⁵, que existe en virtud de un decreto divino, por institución y creación santa según la voluntad de Cristo. Es la Esposa de Cristo y la madre santísima de cada creyente: «La Iglesia misma cree. Vive como creyente. La fe de la Iglesia tiene un carácter que le es propio, pues siendo una, es vasta y múltiple, llena de tensiones, de perspectivas lejanas que, sin embargo, constituyen un todo»¹⁶.

Es en esta fe de la Iglesia en la que participa el individuo. La Iglesia es el principio original de la vida individual, «un todo viviente que penetra en el individuo»¹⁷. Vive en cada creyente y puede, a la vez, imponerse a él mediante el dogma para proteger el misterio.

11 R. GUARDINI, *Sobre la vida de fe*, Madrid 1955, 123; Id., *El espíritu de la Liturgia*, Barcelona 1999, 27-35.

12 R. GUARDINI, *Sobre la vida de fe*, 127-128.

13 R. GUARDINI, *Sobre la vida de fe*, 128.

14 R. GUARDINI, *Sobre la vida de fe*, 128.

15 R. GUARDINI, *Sobre la vida de fe*, 129.

16 R. GUARDINI, *Sobre la vida de fe*, 130.

17 R. GUARDINI, *Sobre la vida de fe*, 131.

Mediante la palabra y los sacramentos, el «todo» de la Iglesia está en el individuo y hasta puede decirse que él es ese «todo», «en la medida en que su existencia se oriente hacia él»¹⁸. «Dios se apodera de la humanidad y, en ella, del individuo, pero en el todo. Toma al todo, a la Iglesia, para alcanzar a través de ella al individuo, y, también al individuo, para que la Iglesia sea»¹⁹.

Para Guardini, individuo e Iglesia no se contraponen, sino que, en cierto modo, se integran mutuamente. El individuo, al creer, entra a formar parte de la colectividad creyente que surge de la institución de Cristo. La fe de la Iglesia, siendo una, es vasta y múltiple y posee un carácter que le es propio.

1.1.2. Henri de Lubac: La plenitud y la perfección constante de la fe

La Iglesia como sujeto creyente es también objeto de atención por parte de Henri de Lubac, quien destaca el puesto privilegiado que ocupa la Iglesia en la economía de la fe cristiana. En la Iglesia está la plenitud y la perfección constante de la fe; plenitud y perfección que no se encuentra en mi ser individual ni tampoco en mis hermanos:

«¿Quién es, pues, ese «Yo» que puede afirmar siempre con seguridad humilde, pero plena: '(Yo) creo en Dios, (Yo) creo en Jesucristo'? ¿Quién es ese ser que, con el impulso de su fe, sin caída, sin ilusión engañosa, sin reservas, se adhiere a Cristo, como la Esposa se adhiere a su esposo? ¿Quién es, precisamente, esa Esposa que el Verbo de Dios se eligió para sí y a la cual se unió encarnándose en carne mortal, y que el 'adquirió para sí por su sangre'? Ese 'Yo' que cree en Jesucristo no puede ser sino la Iglesia de Jesucristo. No, claro está, una hipóstasis soñada por nosotros y que estuviera por encima de nosotros, en un cielo irreal. Sino la comunidad misma de creyentes, creada por el poder de la Palabra, animada por el Espíritu de Cristo, y en la que cada uno de nosotros es partícipe, aunque no contribuya a formarla. En ella sola —en la Iglesia— se encuentra esa plenitud y esa perfección constante de la fe, recibida de Dios»²⁰.

La fe individual es siempre deficiente respecto a la fe de la Iglesia. La Iglesia es la que cree y, para cada uno de nosotros, es el arquetipo del sí perfecto²¹.

18 R. GUARDINI, *Sobre la vida de fe*, 131.

19 R. GUARDINI, *Sobre la vida de fe*, 147.

20 H. DE LUBAC, *La fe cristiana. Ensayo sobre la estructura del Símbolo de los Apóstoles*, Salamanca 1988, 193-194.

21 Cf H. DE LUBAC, *La fe cristiana. Ensayo sobre la estructura del Símbolo de los Apóstoles*, 196.

Antes de cualquier distinción entre Iglesia docente y discente, está la «Iglesia creyente» y la fe del cristiano «es, y no puede menos de ser, una participación en esta fe común de la Iglesia»²². Si el hombre en pecado puede, no obstante, seguir creyendo es porque sigue morando en la Iglesia²³.

En definitiva, «toda fe auténtica se vincula con la fe de la Iglesia, con esa fe perfecta, casta, íntegra, indefectible, cuya primera expresión fue la ‘confesión’ de Simón Pedro, cerca de Cesarea de Filipo»²⁴.

La fe personal no es sino «la fe misma de esa Iglesia, la fe recibida de ella y en la que yo participo a mi medida»²⁵. La Iglesia, por medio de su magisterio, me ha transmitido la palabra de salvación que ella recibió de su Maestro. Pero tras este primer momento, viene un segundo que «ahonda e interioriza mi relación con la Iglesia a medida que la fe de la Iglesia se ahonda y se interioriza en mí»²⁶.

En la Iglesia, y gracias a ella, el creyente singular puede unirse a Cristo para formar una comunión con Él: «la interioridad de la fe no se ahonda y no se desarrolla sino en la comunión eclesial»²⁷. Para expresar la interioridad de este lazo, de Lubac alude a la imagen de la maternidad: La Iglesia es madre que engendra y alimenta a sus hijos con su fe vivificadora²⁸.

En síntesis, la fe plena y perfecta no se encuentra en un individuo aislado –no aludimos en este momento a la fe de la Virgen María–, sino en la «Iglesia creyente». De ella, de la Iglesia, recibimos la fe que hemos de interiorizar en cada uno de nosotros.

22 H. DE LUBAC, *La fe cristiana. Ensayo sobre la estructura del Símbolo de los Apóstoles*, 197.

23 Cf H. DE LUBAC, *La fe cristiana. Ensayo sobre la estructura del Símbolo de los Apóstoles*, 198. Igualmente, hace referencia a la fe implícita a propósito del bautismo de niños pequeños (*Ibid.*, 199).

24 H. DE LUBAC, *La fe cristiana. Ensayo sobre la estructura del Símbolo de los Apóstoles*, 199.

25 H. DE LUBAC, *La fe cristiana. Ensayo sobre la estructura del Símbolo de los Apóstoles*, 202.

26 H. DE LUBAC, *La fe cristiana. Ensayo sobre la estructura del Símbolo de los Apóstoles*, 203.

27 H. DE LUBAC, *La fe cristiana. Ensayo sobre la estructura del Símbolo de los Apóstoles*, 206.

28 H. DE LUBAC, *La fe cristiana. Ensayo sobre la estructura del Símbolo de los Apóstoles*, 206-208.

1.2. Esposa de Cristo: La ejemplaridad de la fe de la Iglesia

«La Iglesia misma cree. Vive como creyente», decía, tal como hemos visto, Romano Guardini. En ella se encuentra, según Henri de Lubac, la plenitud y la perfección constante de la fe.

La esencia más profunda de la Iglesia radica en su unión con Cristo, ya que constituye con Él, la Cabeza, el *Cristo total*. En cuanto está unida a Cristo puede ser «como un sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano» (LG 1).

La Iglesia no es una simple comunidad de discípulos, sino un misterio salvífico: Cristo está en la Iglesia y la Iglesia está en Él²⁹. La inseparabilidad de Cristo y de su Iglesia se expresa con ayuda de la imagen de «cuerpo místico», pero también mediante la analogía de la Iglesia como Esposa de Cristo.

Se puede hablar de una personalidad común y mística de la Iglesia que trasciende la personalidad de sus miembros: «La personalidad de la Iglesia está formada por todas las personalidades que la constituyen, no según su naturaleza, sino según el ser de la gracia, y cada uno según su vocación particular»³⁰.

La Iglesia solo existe como Esposa de Cristo en tanto que vinculada a Él, sin sobreponerse tampoco a la vida sobrenatural de cada uno de sus miembros, ya que es por esa vida divina por lo que cada uno de ellos está en la comunión de la Iglesia. En definitiva, «la personalidad de la Iglesia se compone de la personalidad de los fieles en cuanto orientada a Cristo»³¹.

La imagen esponsal, a la vez que destaca el vínculo que une a la Iglesia con Cristo y con los creyentes, se muestra asimismo adecuada para indicar la personalidad y la subjetividad de la Iglesia³². La unidad de Cristo y de la Iglesia implica también la distinción de ambos en una relación personal³³. En esta perspectiva relacional, la Iglesia es persona³⁴ y sujeto creyente.

En realidad, el concepto de sujeto nos remite siempre a la relacionalidad. La persona humana, el sujeto, el yo, es una realidad concreta que tiene la prerrogativa de abrirse a todas las otras realidades por el conocimiento y la volición.

29 Cf E. VADILLO ROMERO, «Cristo y la Iglesia: El 'Christus Totus'», en J. RICO PAVÉS (dir.), *La fe de los sencillos*, Madrid 2012, 591-620, 591.

30 E. VADILLO ROMERO, «Cristo y la Iglesia: El 'Christus Totus'», 597. Recoge aquí una tesis de J.H. NICOLAS, *Synthèse dogmatique*, Friburgo-Pris 1985.

31 E. VADILLO ROMERO, «Cristo y la Iglesia: El 'Christus Totus'», 605.

32 Cf E. BUENO DE LA FUENTE, *Eclesiología*, Madrid 2007, 57.

33 Cf *Catecismo*, 796.

34 La Iglesia no es persona en el mismo sentido en que lo es la persona humana o en que lo son las personas divinas, pero de un modo análogo podemos hablar de la Iglesia como «persona» para indicar su dimensión relacional y subjetividad.

Desde el punto de vista del ser intencional, cognoscitivo y volitivo, el yo está abierto a la totalidad del mundo y trasciende y supera sus propios límites³⁵.

La Iglesia es la primera que cree; la primera que, en todas partes, confiesa al Señor³⁶. Como sujeto creyente, la Iglesia manifiesta la importancia de la fe, que es «el principio de la humana salvación», «el fundamento y raíz de toda justificación»³⁷. «En sí mismo –decía Benedicto XVI– creer es un acto católico. Es participación en esta gran certeza, que está presente en el sujeto vivo de la Iglesia»³⁸.

Manifestar la importancia de la fe es destacar la primacía de Dios y de su gracia. La fe es la acogida de la gracia. Ambas, la gracia y la fe, proceden de Dios: «Pues habéis sido salvados por la gracia mediante la fe; y esto no viene de vosotros, sino que es un don de Dios» (*Ef* 2,8).

No solo la fe acontece en el ámbito de la gracia, sino que también «la Iglesia como tal es obra y acontecimiento de la gracia»³⁹, que se inserta en la lógica divina de apertura y de comunicación al mundo que tiene lugar con la Encarnación, con el envío de «la gracia del Señor Jesucristo» (2 *Cor* 13,13)⁴⁰. La Iglesia, como sacramento, es «forma visible de la gracia invisible»⁴¹. Existe, pues, una afinidad interna, en la gracia, entre Iglesia y fe. El acto de fe es, en definitiva, la incorporación personal, hecha posible por la acción de la gracia, al espacio salvífico de la Iglesia, manifestación visible –sacramental– de la voluntad divina de hacer del género humano un único Pueblo de Dios (cf *AG* 7)⁴².

La Iglesia creyente testimonia la gratuidad y la trascendencia de la gracia. Como Esposa, la Iglesia no pretende ser separada de su Señor, pero tampoco ser confundida con Él y, por ello, se confía incondicionalmente a su custodia⁴³. Es asumida por el Señor para manifestar y realizar el misterio del amor de Dios al hombre (cf *GS* 45).

35 Cf J. GARCÍA LÓPEZ, «Sujeto», *GER*, en www.canalsocial.net (4 de Mayo de 2013).

36 Cf *Catecismo de la Iglesia Católica*, 168.

37 *D.H.* 1532.

38 BENEDICTO XVI, «Discurso a los sacerdotes de Roma», 2-III-2006.

39 E. BUENO DE LA FUENTE, «Dimensión eclesial de la fe y sus dificultades», en INSTITUTO TEOLÓGICO COMPOSTELANO, *Antropología y fe cristiana. IV Jornadas de Teología*, Santiago de Compostela 2003, 307-329, 307.

40 Cf E. BUENO DE LA FUENTE, *Eclesiología*, 47-48.

41 *D.H.* 1639; cf S. PIÉ-NINOT, *La Teología fundamental*, 481.

42 «La chiesa, insomma, non è altro da questo spazio salvifico o da questa unità sostanziale perché, in effetti, è lei il 'soggetto unitario' in cui il creyente si può concepire e comprendere nella sua relazione a Cristo», R. FISICHELLA, «Ecclesialità dell'atto di fede», en *Noi crediamo. Per una teologia dell'atto di fede*, ed. R. Fisichella, Roma 1993, 83.

43 Cf P. SEQUERI, *L'idea della fede*, Milano 2002, 137.

La Iglesia vive la plenitud y la perfección constante de la fe porque en ella se realiza continuamente el diálogo en el que consiste la fe. A la revelación de Dios corresponde una entrega entera y libre, una respuesta suscitada por la gracia y por el auxilio interior del Espíritu Santo que concede a todos «gusto en aceptar y creer la verdad» (cf DV 5). Esta respuesta puede faltar en el sujeto aislado, pero no puede faltar en el sujeto eclesial: La cooperación perfecta con la gracia de Dios y la disponibilidad perfecta a la acción del Espíritu Santo⁴⁴. Asimismo, la Iglesia establece un puente entre ser y tiempo que garantiza la unidad de los contenidos de la fe: «El sujeto [eclesial] es el punto de unidad de los contenidos»⁴⁵.

La Iglesia vive para su Señor; tiene su confianza depositada en Él. En María encuentra la Iglesia el «modelo destacadísimo en la fe y en el amor (LG 53)⁴⁶; la realización más pura de la fe⁴⁷.

1.3. Madre de los creyentes: fe eclesial y fe personal

La Iglesia es la Madre de los creyentes, «que responde a Dios con su fe y que nos enseña a decir: ‘creo’, ‘creemos’»⁴⁸. La expresión patrística *Ecclesia Mater* hace referencia a la Iglesia como medio y contexto comunitario de la fe.

Según Tertuliano, es la Iglesia Madre la que garantiza la fe, ya que sólo en ella resulta posible el bautismo. En paralelismo con Eva, la Iglesia es la verdadera madre de todos los vivientes. Y San Cipriano, con una expresión que recordará San Agustín, afirma que «nadie puede tener a Dios como padre si no tiene a la

44 Cf JUAN PABLO II, *Redemptoris Mater*, 13.

45 «la memoria Ecclesiae, la memoria de la Iglesia, la Iglesia como memoria es el lugar de toda fe. Resiste todos los tiempos, ya sea creciendo o también desfalleciendo, pero siempre como común espacio de la fe. Se ilumina así, una vez más, el problema de los contenidos de la fe: sin este sujeto cohesionador del todo, se reducen a un catálogo más o menos extenso de afirmaciones; pero en el interior de este sujeto, y a partir de él, son unidad. El sujeto es el punto de unidad de los contenidos», J. RAZTINGER, *Teoría de los principios teológicos. Materiales para una teología fundamental*, Barcelona 1985, 25.

46 Cf J. LEKAN, «María, testigo y modelo de la fe», en INSTITUTO TEOLÓGICO COMPOSTELANO, *XIII Jornadas de Teología, 2012. Redescubrir el camino de la fe: conocerla, celebrarla, vivirla (Porta fidei, 2)*, Santiago de Compostela 2013, 21-40.

47 «El Concilio Vaticano II, confirmando la enseñanza de toda la tradición, ha recordado que en la jerarquía de la santidad precisamente la «mujer», María de Nazaret, es «figura» de la Iglesia. Ella «precede» a todos en el camino de la santidad; en su persona la «Iglesia ha alcanzado ya la perfección con la que existe inmaculada y sin mancha» (cf. *Ef 5, 27*). En este sentido se puede decir que la Iglesia es, a la vez, «mariana» y «apostólico-petrina», JUAN PABLO II, *Mulieris Dignitatem*, 27.

48 Cf *Catecismo de la Iglesia Católica*, 167.

Iglesia como madre»⁴⁹. Para el Obispo de Hipona, la Iglesia es una Madre que engendra hijos y que, a semejanza de María, permanece íntegra y fecunda.

La Iglesia es la Madre que convoca y congrega a sus hijos. Ella es portadora de salvación y generadora del hombre nuevo mediante la palabra de Dios, que suscita la fe, y la celebración de los sacramentos. Esta función materna resulta tan imprescindible que, ya desde los inicios de la creación, la Iglesia estaba prefigurada (cf *LG* 2).

Entre creación y salvación no se puede establecer una separación tajante, un hiato. Todo se unifica, en el plan de Dios, con vistas a un solo objetivo: hacer partícipes a los hombres de la comunión de la vida divina. Este propósito se realiza mediante la Iglesia, la «convocación» de los hombres en Cristo. Clemente de Alejandría supo expresarlo bellamente: «Así como la voluntad de Dios es un acto y se llama mundo, así su intención es la salvación de los hombres y se llama Iglesia»⁵⁰.

A través de la palabra y de los sacramentos, la Iglesia expresa y genera, significa y causa, la personal comunión de gracia con Dios; una comunión que se incoa en la tierra por medio de la fe y que tiene su consumación en la vida eterna⁵¹.

La fe de la Iglesia Madre «precede, engendra, conduce y alimenta nuestra fe»⁵². «Se puede afirmar, en un cierto sentido, que la Iglesia es ella misma el gran creyente. Los creyentes singulares están unidos en una única fe, que es la de la Iglesia»⁵³.

De la Iglesia, cada creyente recibe el contenido y el modo de creer. Al hacer suya la fe de la Iglesia, cada creyente se convierte en Iglesia; la edifica y contribuye, por ello mismo, al nacimiento de nuevos creyentes. Al profesar su fe, lo hace como hijo y como miembro de la Iglesia, participando de su fe.

La precedencia de la Iglesia Madre se refleja, asimismo, en la precedencia de lo recibido —de la Tradición—, en la precedencia del lenguaje de la fe y en la precedencia de la misión.

49 SAN CIPRIANO, *De unit.* 6; *Ep* 74,7,20-24. Cf S. PIÉ-NINOT, *Eclesiología. La sacramentalidad de la comunidad cristiana*, 60-62.

50 CLEMENTE ALEJANDRINO, *Paedagogus* 1, 6, 27,2. Cf *Catecismo de la Iglesia Católica*, 760.

51 Cf J.R. VILLAR, «Iglesia. III. El misterio de la Iglesia», en *Diccionario de Teología*, dir. C. Izquierdo, 482-492, 485.

52 *Catecismo de la Iglesia Católica*, 181. Cf C. IZQUIERDO, «Fe. VI. Carácter eclesial de la fe», en *Diccionario de Teología*, dir. C. Izquierdo, 406-407.

53 A. DULLES, *Il fondamento delle cose sperate*, 264.

1.3.1. La Tradición

La revelación divina llega a cada generación de creyentes a través de un proceso de transmisión viva (cf *DV* 7). Por la Tradición, la Iglesia conserva y transmite a todas las edades «lo que es y lo que cree» (*DV* 8). «Nadie se ha dado la fe a sí mismo, como nadie se ha dado la vida a sí mismo», explica el *Catecismo*⁵⁴.

La analogía con el don de la vida, un bien que, ante todo, se recibe, puede ayudarnos a comprender la *precedencia* de la fe eclesial sobre la fe personal. De algún modo, la *lógica del recibir* configura la existencia humana y, por consiguiente, la existencia cristiana, en la que la confianza, la aceptación de lo que nos es regalado, la esperanza en los dones del Otro, tienen la primacía con respecto a la lógica opuesta de la sospecha y de la competición, del aferrar y del actuar exclusivamente por cuenta propia⁵⁵.

Una reflexión análoga resulta pertinente en el ámbito epistemológico. La pretensión idealista de controlar toda la realidad a través del concepto ha sido, en buena medida, contestada. Gadamer afirma que «cuando comprendemos, estamos implicados en un proceso de verdad y llegamos demasiado tarde siempre que pretendemos saber lo que deberíamos creer»⁵⁶. Antes de realizar cualquier juicio científico o antes de llevar a cabo cualquier tarea transformadora de la realidad, el ser humano recibe de su entorno, de su cultura, de su tradición, la estructura básica que permitirá todo el resto⁵⁷.

En este sentido, San Pablo, a propósito de la resurrección de Jesucristo, antepone la fidelidad a lo *recibido*, pues lo que transmite es el don inicial que viene del Señor: «Os transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí» (1 *Co* 15,3)⁵⁸.

La Tradición, afirma Benedicto XVI, «es el río de la vida nueva, que viene desde los orígenes, desde Cristo, hasta nosotros, y nos inserta en la historia de Dios con la humanidad»⁵⁹. La distancia de los siglos se supera y el Resucitado se presenta, en el hoy de la Iglesia y del mundo, vivo y operante: «En el río vivo de la Tradición, Cristo no está distante dos mil años, sino que está realmente presente entre nosotros y nos da la Verdad»⁶⁰.

54 *Catecismo de la Iglesia Católica*, 166.

55 Cf BENEDICTO XVI, «Mensaje para la Cuaresma 2010», Vaticano, 30 de Octubre de 2009.

56 H.G. GADAMER, *Wahrheit und Methode*, Tübingen 1986, 494.

57 Cf J. DUQUE, «*Homo credens*. Para una teología de la fe», en INSTITUTO TEOLÓGICO COMPOSTELANO, *Antropología y fe cristiana. IV Jornadas de Teología*, 223-235, 225-227.

58 Las cartas pastorales paulinas insisten, a su vez, en la fidelidad a lo recibido. Cf J. WICKS, «Depósito de la fe», en *Diccionario de Teología Fundamental*, dir. R. Latourelle-R. Fisichella, Madrid 1992, 291-304, 292.

59 BENEDICTO XVI, «Audiencia General», Miércoles, 3 de Mayo de 2006.

60 BENEDICTO XVI, «Audiencia General», Miércoles, 3 de Mayo de 2006.

Aunque la fe es un encuentro entre Dios y el hombre, este encuentro no se realiza al margen de la historia, sino en y por medio de la historia. La fe experimenta al Absoluto como Aquel que actúa en la historia, como el Dios que es dueño de la historia. En el cuerpo místico, constituido por la comunidad de los creyentes, Cristo, atestiguado y comunicado por la Iglesia, «es contemporáneo de cada uno de sus miembros»⁶¹. La fe incluye, pues, una continuidad temporal, constituida por la tradición viva.

En términos antropológicos cabe afirmar que sin tradición, sin historia, sin «cohesión previamente dada al ser humano»⁶², el hombre no es capaz de llegar a sí mismo ni de expresarse. En este sentido, la tradición es presupuesto de humanidad. Y la tradición remite, de modo necesario, no a un individuo aislado, sino a la comunidad.

El carácter histórico del hombre se pone de manifiesto en su capacidad de recibir y transmitir saberes, concepciones y valoraciones⁶³. El hombre vive en un mundo que es el resultado de la acción de generaciones anteriores; un mundo que ha de aceptar y asumir agradecida y críticamente, sin que ello suponga la cerrazón al futuro, al cúmulo de posibilidades que permanecen abiertas a la tarea de la libertad. La comunidad de vida del hombre es *intergeneracional*; esto es, todo individuo vive en una comunidad que crece y se desarrolla en la historia.

La Iglesia es la comunidad transmisora, el sujeto portador de la Tradición de Jesús: «este sujeto es la condición de posibilidad para la participación real en la *traditio Iesu* que, sin este sujeto, no sería realidad histórica y configuradora de historia, sino sólo recuerdo privado»⁶⁴. Mediante esta transmisión de la fe en la Iglesia, la revelación permanece presente en la historia y puede, en consecuencia, legitimar de modo siempre nuevo el creer⁶⁵.

La labor de mediación histórica de la Tradición se identifica, en realidad, con la mediación histórica de la Iglesia: «La Iglesia es, como consecuencia, al mismo tiempo transmisora y contenido de la tradición; o expresado con otras palabras, la tradición existe en la Iglesia, y la Iglesia se entrega en la tradición»⁶⁶.

61 M. SECKLER, «Fe», en *Conceptos fundamentales de la Teología. II*, dir. H. Fries, Madrid 1966, 128-152, 146.

62 Cf J. RATZINGER, *Teoría de los principios teológicos. Materiales para una teología fundamental*, 101.

63 Cf G. AMENGUAL, *Antropología filosófica*, Madrid 2007, 328-330.

64 Cf J. RATZINGER, *Teoría de los principios teológicos. Materiales para una teología fundamental*, 117.

65 Cf E. KUNZ, «Conoscenza della credibilità e fede (analysis fidei)», en *Corso di Teologia Fondamentale. 4. Trattato di Gnoseologia teologica*, ed. W. Kern-H.J. Pottmeyer- M. Seckler, Brescia 1990, 493-536, 529-531.

66 C. IZQUIERDO, «Tradición», en *Diccionario de Teología*, dir. C. Izquierdo, 970-982, 976.

Maurice Blondel se refirió en una de sus obras, *Histoire et Dogme*, a la dimensión histórica y al aspecto colectivo de la fe vivido en la Iglesia⁶⁷. La labor mediadora de la Tradición hace posible un recuerdo anamnético que actualiza en el presente de modo nuevo lo que ya está en el pasado: lo que «descubre» lo «reencuentra»⁶⁸. Este recuerdo, y ello resulta de gran importancia para nuestra exposición, no es puramente individual, sino que se necesita la mediación de la vida colectiva y el trabajo de la tradición cristiana.

1.3.2. El lenguaje

La analogía con la realidad de la vida, que es un don que se recibe, puede ser extendida a otras dimensiones de la existencia humana como, por ejemplo, el lenguaje. El lenguaje nos precede y solamente es apropiado por cada uno en la medida en que, previamente, es recibido.

Se ha dicho que «todo lo específicamente humano depende del lenguaje»⁶⁹. El lenguaje no es sólo una característica humana, sino propiamente lo que constituye al hombre como humano. Gracias al lenguaje nos abrimos al mundo, a su realidad y a su sentido. Abriéndonos al mundo, el lenguaje nos inserta en una cultura, en una constelación de creencias, de significados y de valores. Igualmente, el lenguaje nos abre a los otros, a la intersubjetividad, a la sociedad. La apertura que propicia el lenguaje es infinita, hasta el punto de hacer posible la escucha de Dios y la palabra dirigida a Él. El lenguaje humano es apto «para hablar de forma significativa y verdadera incluso de lo que supera toda experiencia humana»⁷⁰.

Al creyente, que recibe en el bautismo la vida de fe, se le da la posibilidad de expresar esta fe mediante el lenguaje. La Iglesia guarda «la memoria de las palabras de Cristo» y transmite la confesión de fe recibida de los apóstoles: «Como una madre que enseña a sus hijos a hablar y con ello a comprender y a comunicar, la Iglesia, nuestra Madre, nos enseña el lenguaje de la fe para introducirnos en la inteligencia y la vida de fe»⁷¹.

67 Cf. M. BLONDEL, *Histoire et Dogme*, en *Oeuvres Complètes. II*, Paris 1997, 387-453.

68 «Tournée amoureusement vers le passé où est son trésor, elle va vers l'avenir où est sa conquête et sa lumière. Même ce qu'elle découvre, elle a l'humble sentiment de le retrouver fidèlement», M. BLONDEL, *Histoire et Dogme*, en *Oeuvres Complètes. II*, Paris 1997, 434. Cf. G. JUAN MORADO, *También nosotros creemos porque amamos*, Roma 2000, 238.

69 CH. MORRIS, «Sprechen und menschliches Handeln», citado por G. AMENGUAL, *Antropología Filosófica*, Madrid 2007, 127.

70 JUAN PABLO II, *Fides et ratio*, 67.

71 *Catecismo de la Iglesia Católica*, 171.

Sin esta enseñanza, sin esta iniciación en el lenguaje de la fe, el acto de fe personal resultaría inviable, ya que la respuesta obediencial a la revelación divina en la que consiste creer, presupone la escucha de una palabra viva que resuena hoy, como dirigida a cada hombre, gracias a la proclamación de la Iglesia.

Creer comporta un acto de asentimiento que expresa la aceptación absoluta e incondicional de una proposición⁷². Sin una proposición, que es una formulación lingüística, no puede darse el asentimiento, aunque la creencia se finaliza en la realidad misma del Objeto al que los enunciados remiten. Y sin la función mediadora de la Iglesia, como sujeto que recibe el mensaje, que lo custodia, transmite e interpreta, no existirían las proposiciones en las que se expresa la fe. Las proposiciones doctrinales perpetúan, a través del lenguaje, la «impresión» causada en la mente de la Iglesia por la Verdad revelada⁷³.

Pero, para realizar el asentimiento de fe, se requiere igualmente que la proposición que se acepta incondicionalmente sea, en cierto modo, inteligible, susceptible de una cierta aprehensión o interpretación de los términos de la misma⁷⁴. También este momento de la aprehensión resultaría imposible sin la mediación eclesial. Los términos en los que se expresa la fe encuentran su marco significativo en el «hablar» de la Iglesia. Fuera de ese contexto lingüístico, el creyente no podría atribuirles un significado pleno.

La mediación de la Iglesia en la asunción personal del lenguaje de la fe, imprescindible para el asentimiento, es destacada por Newman a propósito del problema de la fe de los sencillos. No es preciso que cada creyente comprenda en detalle todos los dogmas y las doctrinas. Basta con que pueda hacerse cargo de que la Iglesia es «el oráculo infalible de la verdad». Al creer todo lo que la Iglesia propone para creer, el creyente, aun el sencillo, lleva a cabo un acto de asentimiento que incluye todos los asentimientos particulares⁷⁵.

La Iglesia, facilitando a cada creyente el lenguaje de la fe, y velando, con la asistencia del Espíritu Santo, por la fidelidad a lo recibido, permite al fiel alcanzar la certeza de que las proposiciones a las que asiente expresan sin error, de manera adecuada y verdadera, lo que se contiene en la Palabra de Dios escrita

72 Cf J.H. NEWMAN, *An Essay in Aid of a Grammar of Assent*, Oxford 1985, 13 (en adelante, GA).

73 La «impresión» es, en el lenguaje de Newman, la captación global e implícita del objeto. Es previa al análisis y a la diferenciación de los elementos que configuran el objeto. La revelación, como realidad viva que es, causa en la mente de la Iglesia esta «impresión», que, posteriormente se expresa en juicios, en proposiciones, en «dogmas». Cf G. JUAN MORADO, *También nosotros creemos porque amamos*, 72.

74 Cf GA, 90.

75 Cf GA, 153.

o transmitida⁷⁶. En este sentido, se comprende la importancia del magisterio de la Iglesia en su tarea de formular con un lenguaje autorizado y regulativo el depósito de la fe (cf *DV* 10).

1.3.3. La misión

Cada fiel, engendrado por la Iglesia mediante la predicación y el Bautismo, y hecho miembro de la comunión de la fe, se convierte en testigo, en un eslabón en la gran cadena de los creyentes, destinado a transmitir a otros lo que, a su vez, ha recibido⁷⁷. Se inserta así en la catolicidad misionera de la Iglesia (cf *AG* 1).

La finalidad de la misión es hacer posible que «todas las gentes» (cf *Mt* 28,19-20) participen en el misterio de la comunión trinitaria, del cual la Iglesia es signo e instrumento. El esfuerzo misionero robustece la fe y renueva la Iglesia. Como enseña el Papa Juan Pablo II: «¡La fe se fortalece dándola!»⁷⁸.

La urgencia misionera surge desde dentro de la persona que ha sido alcanzada por la buena nueva de la salvación en Cristo:

«Quienes han sido incorporados a la Iglesia han de considerarse privilegiados y, por ello, mayormente comprometidos en *testimoniar la fe y la vida cristiana* como servicio a los hermanos y respuesta debida a Dios, recordando que ‘su excelente condición no deben atribuirlos a los méritos propios sino a una gracia singular de Cristo, no respondiendo a la cual con pensamiento, palabra y obra, lejos de salvarse, serán juzgados con mayor severidad’».⁷⁹

La misión nace de la fe en Cristo y es un compromiso de toda la Iglesia, que atañe a todos los bautizados. La Iglesia ha de ofrecer la salvación de Cristo a todos los hombres. El testimonio se perfila, de este modo, como consecuencia intrínseca de la fe.

La categoría englobante de «testimonio», como condición de posibilidad concreta de la fe⁸⁰, ayuda a comprender el lugar de la Iglesia en el acto de creer. El testimonio es la manifestación significativa de la misión de la Iglesia en su realidad histórica. De él surge el signo eclesial de credibilidad, que es la mediación próxima para conocer la revelación divina.

76 Cf PABLO VI, *Credo del Pueblo de Dios*, 20; *Catecismo de la Iglesia Católica*, 182. Cf R. FISICHELLA, «Ecclesialità dell'atto di fede», 93-95.

77 Cf *Catecismo de la Iglesia Católica*, 166.

78 JUAN PABLO II, *Redemptoris missio*, 2.

79 Cf JUAN PABLO II, *Redemptoris missio*, 11; G. COFFELE, «Misión», en *Diccionario de Teología Fundamental*, dir. R. Latourelle-R. Fisichella, Madrid 1992, 968-985, 981.

80 Cf S. PIÉ-NINOT. *La Teología Fundamental*, 570-571.

II. DIMENSIÓN COMUNITARIA

Toda la obra de Jesús mira a reunir al pueblo escatológico de Dios, a congregar a los que estaban dispersos. Cristo es el punto de reunión que, haciéndonos su cuerpo, nos inserta en el «nosotros» de la Iglesia, en el que somos «uno solo en Cristo Jesús» (Gál 3,16.26-29).

2.1. La Iglesia, comunidad y comunión

La barrera aparentemente insuperable del yo «es salvada y puede ser salvada porque Jesús ha sido el primero en querer abrirse todo él, nos ha acogido a todos dentro de él y se ha dado totalmente a nosotros»⁸¹. Esta dinámica de apertura a los otros para llegar a ser un cuerpo con Cristo hace posible formar una unidad en la que la individualidad es expropiada en favor de la comunidad⁸².

Por su configuración eclesial, el acto de creer tiene una estructura comunitaria y *comunal*, ya que la Iglesia es un sujeto colectivo unido, la comunidad de creyentes en Cristo⁸³, y un misterio de comunión⁸⁴. Como afirma el *Catecismo*: «Nadie puede creer solo, como nadie puede vivir solo»⁸⁵.

La revelación está dirigida al hombre, que es su destinatario. Al hombre concreto, una de cuyas relaciones constitutivas es la sociabilidad, la *comunitariedad*, la apertura a los demás. Un hecho tan básico como el nacimiento nos remite a otros: «Nacemos de otros, o incluso no nacemos, sino que ‘somos nacidos’, tal como se expresa en latín y en las lenguas anglosajonas (inglés y alemán)»⁸⁶. El individuo humano, que nace indefenso, no podría sobrevivir sin la ayuda de los otros; en especial, sin la ayuda de la madre.

También el aprendizaje, necesario para desenvolverse en la vida, es una realidad que se recibe de otros, ya que la formación del individuo se lleva a cabo a través de la relación interpersonal y social. El proceso de individualización es, de este modo, inseparablemente, un proceso de socialización, de integración en una comunidad humana, con su cultura, sus valores y sus pautas de conducta. En todo este proceso cumple un papel de primera importancia, como ya hemos indicado, el lenguaje.

81 J. RATZINGER, *La Iglesia. Una comunidad siempre en camino*, Madrid 2005, 33.

82 Cf R. FISICHELLA, «Ecclesialità dell'atto di Fede», 84.

83 «Comunidad de fe, de esperanza y de amor», dice LG 8.

84 Las palabras «comunidad» y «comunión» no significan exactamente lo mismo. Resulta conveniente mantener la doble expresión (cf S. PIÉ-NINOT, *Eclesiología. La sacramentalidad de la comunidad cristiana*, 258).

85 *Catecismo de la Iglesia Católica*, 166.

86 G. AMENGUAL, *Antropología filosófica*, 144.

Desde la perspectiva teológica, «el fondo del ser es comunión»⁸⁷. Desde el punto de vista de su objeto, la fe es *communio* porque se apoya en la Trinidad de Dios, en la comunión del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, pues, como confiesa la *Fides Damasi*, «Dios es único, pero no solitario»⁸⁸. Desde el punto de vista del sujeto, el yo de las fórmulas del credo es «el yo de la Iglesia creyente, al que pertenecen todos los 'yo' particulares en cuanto creyentes»⁸⁹. La fe es un don de Dios, pero un don que es entregado a la Iglesia, y a cada creyente en tanto que es recibido en la comunión de la Iglesia⁹⁰. La unidad del objeto de la fe –la Trinidad– es la causa que determina la unidad del sujeto creyente –la Iglesia– .

2.2. El centro de la fe: la comunión trinitaria

Se hace preciso profundizar en el misterio de la Trinidad como objeto y centro de la fe a fin de mostrar la conexión interna que vincula el acto de creer con la Iglesia, evitando así una exaltación individualista del «yo» creyente, que podría conducir a un indebido subjetivismo⁹¹. La relevancia de este centro se constata en el mandato apostólico universal que el Señor da a los suyos: «Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándoles en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo cuanto os he mandado» (*Mt* 28, 19-20).

Dios se revela, sin quitar del todo el velo que lo cubre, el velo de su santidad, como misterio de la comunión trinitaria: Dios es la Trinidad y la Trinidad es Dios. Un Dios compasivo y misericordioso que nos salva, dándose a conocer e invitándonos a participar en su vida, para que permanezcamos en la gracia de nuestro Señor Jesucristo, en el amor del Padre y en la comunión del Espíritu Santo. Por la fe y el bautismo, la Trinidad mora en nosotros y nosotros en ella (cf *Jn* 14,23).

La categoría de *relación*, de la que hemos hablado más arriba, vuelve a mostrar su vigencia para la comprensión de la realidad divina. La distinción

87 H. DE LUBAC, *La fe cristiana*, 13.

88 *DH* 71.

89 J. RAZTINGER, *Teoría de los principios teológicos. Materiales para una teología fundamental*, 24.

90 «Nadie puede establecer por sí mismo que es creyente. La fe es un proceso de muerte y de nacimiento, un pasivo activo y un activo pasivo, que necesita a los otros: que necesita el culto de la Iglesia, en el que se celebra la liturgia de la cruz y resurrección de Jesucristo. El bautismo es sacramento de la fe y también la Iglesia es sacramento de fe» (J. RAZTINGER, *Teoría de los principios teológicos. Materiales para una teología fundamental*, 46).

91 Cf R. FISICHELLA, «Ecclesialità dell'atto di fede», 59-97.

real entre las Personas radica, justamente, en las relaciones de origen. Pero esas relaciones no dividen la unidad de Dios, sino que crean una red de referencias de unas Personas a otras y una interpenetración mutua, que no anula ni la unidad ni la diferencia. El Padre, sin perder lo propio –su relación de paternidad– está todo en el Hijo y todo en el Espíritu Santo; El Hijo, sin menoscabo de su filiación, está todo en el Padre y todo en el Espíritu Santo. El Espíritu Santo, sin perder su procesión, está todo en el Padre y todo en el Hijo⁹².

El ser de Dios se expresa en la perfecta donación, en el amor. Cada persona es su amor, pero este amor también es común a los tres, mostrando así su unidad profunda⁹³. En Dios, lo que une es, a la vez, lo que distingue; el ser se identifica con la donación. La realidad personal de Dios es, por consiguiente, incompatible con la soledad y con el aislamiento.

La Trinidad se perfila como referencia clave para comprender la unidad de los hombres, una unidad que no absorbe las diferencias. Esta unidad tiene su germen en la Iglesia (cf *LG* 1). Por la fe, el hombre se adhiere personalmente a Dios; es decir, es recibido en la intimidad del misterio de unidad y de relación que constituye el ser divino. Entrando en comunión con Dios, rompe definitivamente el aislamiento y se introduce en una realidad de comunión –la Iglesia– que, precediendo a cada creyente en singular, pues la Iglesia es creación divina, abarca a todos los creyentes.

2.3. *La Iglesia local*

¿Dónde existe de forma concreta esta realidad de «comunión»? La hallamos en la Iglesia diocesana, realización de la Iglesia de Dios presente en un lugar concreto⁹⁴. En cada una de las Iglesias diocesanas «está verdaderamente presente y actúa la Iglesia de Cristo una, santa, católica y apostólica» (*CD* 11; cf *LG* 23). Está presente en ellas y se constituye a partir de ellas.

En este ámbito, se realiza la incorporación a la Iglesia por la acción del Espíritu Santo y por los vínculos de la profesión de fe y de los sacramentos –que son causa y fundamento de la Iglesia–, así como por el vínculo de comunión con el ministerio pastoral –que es condición de la profesión de la fe y de los sacramentos⁹⁵–.

92 Cf *Catecismo de la Iglesia Católica*, 255.

93 Cf L.F. LADARIA, *El Dios vivo y verdadero*, Salamanca 1998, 373.

94 Cf S. PIÉ-NINOT, *Eclesiología. La sacramentalidad de la comunidad cristiana*, 338.

95 Cf. S. PIÉ-NINOT, *Eclesiología. La sacramentalidad de la comunidad cristiana*, 266; C. MILITELLO, «L'ecclesiogenesi e i suoi modelli», en G. PASQUALE – C. DOTOLO (EDD.), *Amore e verità. Sintesi prospettica di Teologia Fondamentale*, 597-622.

III. LA DIMENSIÓN CELEBRATIVA

En la carta apostólica *Porta fidei* Benedicto XVI señala que el Año de la Fe será también «una ocasión propicia para intensificar la celebración de la fe en la liturgia y, de modo particular, en la Eucaristía, que es ‘la cumbre a la que tiende la acción de la Iglesia y también la fuente de donde mana toda su fuerza’ (SC 10)»⁹⁶. La celebración es encuentro con el misterio de Cristo en el que se manifiesta la Iglesia y se pone de relieve la eclesialidad de la misma fe.

3.1. La celebración como encuentro con el misterio de Cristo

La celebración no es un aspecto marginal en la fe, sino que constituye un elemento esencial de donde brota la fuerza que sostiene la vida cristiana: «La función primaria de la fe no es ser sometida a interrogatorio crítico o incluso ser puesta en duda, sino más bien ser festejada. La fe encuentra su articulación primera en la liturgia como celebración del ser que se siente agradecido»⁹⁷.

La fe cristiana es un acto positivo que acepta la existencia propia y la existencia de los demás y que asiente al mundo desde su raíz más profunda, Dios mismo, y, en consecuencia, se convierte en agradecimiento, en acción de gracias, en «eucaristía». La fe, lejos de encerrarnos en nosotros mismos, nos eleva hacia lo alto, hacia Dios.

En la celebración litúrgica la comunidad cristiana se encuentra con el misterio de Cristo, experimentando al Señor como presente en su Espíritu. Es Cristo quien, en primer lugar, encuentra a la comunidad y así hace posible que ésta tribute a Dios un servicio de agradecimiento. Se da pues, en la liturgia, una comunicación viviente entre Dios y el hombre.

«La Iglesia como un todo, como el cuerpo sacramental de Cristo, es por tanto, portadora y sujeto de las acciones del culto»⁹⁸. No lo es la comunidad por sí misma, sino que lo es el Cristo total, cabeza y miembros. Ni es tampoco la comunidad quien se celebra a sí misma, sino que celebra el Misterio Pascual del Señor.

La celebración de la fe se inserta en el centro de la economía global de la Iglesia, que tiene como primer movimiento la recepción de la Palabra de Dios. La respuesta de los cristianos a la recepción de Dios y de su Palabra es la alabanza, la liturgia, que empuja a compartir con los otros lo que se ha recibido de Dios.

96 BENEDICTO XVI, *Porta fidei*, 9. Es, asimismo, importante la relación que existe entre los sacramentos y la fe: «No solo suponen la fe, sino que, a la vez, la alimentan, la robustecen y la expresan por medio de palabras y cosas; por eso se llaman sacramentos de la fe» (SC 59).

97 K. KOCH, «La liturgia de la Iglesia como fiesta de la fe viva», en G. AUGUSTIN – K. KOCH (EDS.), *La liturgia como centro de la vida cristiana*, Santander 2013, 37-77, 40.

98 K. KOCH, «La liturgia de la Iglesia como fiesta de la fe viva», 63.

3.2. La asamblea litúrgica como epifanía de la Iglesia

La constitución *Sacrosanctum Concilium* afirma que «la principal manifestación de la Iglesia tiene lugar en la participación plena y activa de todo el pueblo santo de Dios en las mismas celebraciones litúrgicas, especialmente en la misma Eucaristía, en una misma oración, junto a un único altar, que el obispo preside rodeado por su presbiterio y sus ministros» (SC 41).

Este texto encuentra un complemento importante en LG 26: «En toda comunidad en torno al altar, presidida por el ministerio sagrado del obispo, se manifiesta el símbolo de aquel gran amor y de ‘la unidad del Cuerpo místico sin la que no puede uno salvarse’. En estas comunidades, aunque muchas veces sean pequeñas y pobres o vivan dispersas, está presente Cristo, quien con su poder constituye a la Iglesia una, santa, católica y apostólica».

Al hilo de estos textos podemos concluir que la Iglesia local que celebra la eucaristía es «la auténtica manifestación –epifanía– de la Iglesia de Cristo»⁹⁹. El acento puesto en la Iglesia local no significa el olvido de la Iglesia universal, sino todo lo contrario. La eucaristía celebrada en las comunidades locales constituye la Iglesia universal, *católica*, en la que se encuentra plenamente la salvación divina. Esta catolicidad esencial «se realiza en la Iglesia local que celebra legítimamente la eucaristía»¹⁰⁰. En esta celebración se actúa la catolicidad de la Iglesia. La eucaristía simboliza y produce la unidad –y la universalidad– de la Iglesia.

3.3. *Lex orandi - lex credendi*

En la celebración litúrgica «la eclesialidad de la fe es manifestada»¹⁰¹. La liturgia sostiene la fe del cristiano, celebrando y proponiendo el objeto de la fe. Asimismo, en la liturgia se expresa la fe de la Iglesia, se alimenta y se confiesa. La liturgia forma parte de la fe, ya que en el plano sacramental el creyente entra en comunión con la vida trinitaria de Dios por la mediación de Cristo. También la liturgia es transmisora de la fe, porque la celebración se convierte en una catequesis integral que comunica y alimenta la fe¹⁰².

99 J. GONZÁLEZ PADRÓS, «La Liturgia fuente y espacio para la fe», en INSTITUTO TEOLÓGICO COMPOSTELANO, *XIII Jornadas de Teología, 2012. Redescubrir el camino de la fe: conocerla, celebrarla, vivirla (Porta fidei, 2)*, 137-157, 143.

100 J. GONZÁLEZ PADRÓS, «La Liturgia fuente y espacio para la fe», 144.

101 G. RAMIS MIQUEL, «Profesión de fe y liturgia», en J. RICO PAVÉS, DIR., *La fe de los sencillos*, 501-519, 501. Cf A.-M. TRIACCA – A. PISOIA (DIRS.), *La liturgie expression de la foi*, Roma 1979.

102 Cf G. RAMIS MIQUEL, «Profesión de fe y liturgia»; J. LÓPEZ MARTÍN, «La fe y su celebración. Relaciones entre liturgia y fe, y en particular la liturgia como transmisión de la fe», *Burgense* 23 (1982) 141-196.

Un discípulo de San Agustín, Próspero de Aquitania, sintetizó, en el siglo V, este aspecto con su famoso axioma: *lex orandi - lex credendi*. Tratando sobre la necesidad de la gracia de Dios, y en contra de los semipelagianos, se apela a las oraciones que se hacen en toda la Iglesia a fin de reafirmar la necesidad de la gracia para la perseverancia en la vida cristiana. La prueba de la fe –la prueba de que es necesaria la gracia de Dios para la perseverancia– son las oraciones que la Iglesia unánimemente eleva a Dios. La ley de la oración establece, al menos en lo que respecta a esta cuestión, la ley de la fe.

El *Catecismo de la Iglesia Católica* cita el axioma de Próspero de Aquitania como expresión de la prioridad de la fe de la Iglesia con respecto a la fe del fiel y parece reconocerle, al antiguo adagio, una validez general. Cuando la Iglesia celebra los sacramentos confiesa la fe recibida de los apóstoles: «La ley de la oración es la ley de la fe. La Iglesia cree como ora. La liturgia es un elemento constitutivo de la Tradición santa y viva»¹⁰³.

La liturgia proclama la fe porque la expresa simbólicamente en la misma celebración¹⁰⁴. La vida litúrgica de la Iglesia consiste en actualizar por medio de signos la salvación, la redención de Cristo (cf *SC* 2; 6). Cristo está presente en la celebración litúrgica ejerciendo su función sacerdotal: la santificación de los hombres y la gloria de Dios (cf *SC* 7). La Iglesia celebra lo que es el objeto de su fe: Cristo muerto y resucitado, contemplado dentro del conjunto de la historia de la salvación.

Con la proclamación de la palabra de la salvación se suscita la fe, con la que «empieza y se desarrolla la comunidad de los creyentes» (*PO* 4). «La asamblea litúrgica es ante todo comunión en la fe»¹⁰⁵ y la misma celebración se convierte acto de fe y en norma de fe¹⁰⁶.

CONCLUSIÓN

Una perspectiva fructífera a la hora de tratar la dimensión eclesiológica, comunitaria y celebrativa de la fe es la consideración de la Iglesia como sujeto creyente, como primer sujeto de la fe. En la fe de la Iglesia encuentra cada uno de los creyentes el modelo y la perfección de su propia fe.

Las reflexiones de R. Guardini sobre la Iglesia como «colectividad creyente», así como las de H. de Lubac sobre la plenitud y la perfección constantes de la fe eclesial, atraen la atención hacia la comprensión de la Iglesia como Esposa de Cristo.

103 *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1124.

104 Cf G. RAMIS MIQUEL, «Profesión de fe y liturgia», 512.

105 *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1102.

106 Cf G. RAMIS MIQUEL, «Profesión de fe y liturgia», 517.

La Iglesia, siempre referida a Cristo, es un sujeto dotado de una personalidad propia. Como creyente, la Iglesia manifiesta la importancia de la fe y destaca la primacía de Dios y de su gracia. En ella, en la Iglesia, se realiza continuamente el diálogo entre la Palabra de Dios y la fe. No solo garantiza la unidad de los contenidos de la fe, sino también la respuesta perfecta a la revelación en la que consiste creer.

Como Madre de los creyentes, la Iglesia se presenta como medio y contexto comunitario de la fe, de la que cada creyente recibe el contenido y el modo de creer. La fe de la Iglesia *precede* la fe personal de cada cristiano. Esta precedencia se pone de manifiesto en el dinamismo de la tradición, en la recepción del lenguaje de la fe, así como en la inserción en la tarea misionera.

La Iglesia es una comunidad y un misterio de comunión. Ambos aspectos inciden en la fe, que tiene como centro la comunión trinitaria y como ámbito en el que nace la Iglesia local, donde se profesa la fe y se reciben los sacramentos.

En la celebración, la Iglesia como un todo, unida a Cristo, es el sujeto de las acciones del culto. En la celebración se produce, de modo siempre nuevo, el encuentro con el Señor. La asamblea litúrgica es epifanía de la Iglesia creyente, en la que la eclesialidad de la fe es manifestada.

Tomar conciencia de la dimensión eclesial de la fe resulta necesario para recuperar la alegría de creer, tal como recordaba el papa Benedicto XVI en el Estadio Olímpico de Berlín:

«Permanecer en Cristo significa, como ya hemos visto, permanecer también en la Iglesia. Toda la comunidad de los creyentes está firmemente unida en Cristo, la *vid*. En Cristo, todos nosotros estamos unidos. En esta comunidad, Él nos sostiene y, al mismo tiempo, todos los miembros se sostienen recíprocamente. Juntos resistimos a las tempestades y ofrecemos protección unos a otros. Nosotros no creemos solos, creemos con toda la Iglesia de todo lugar y de todo tiempo, con la Iglesia que está en el cielo y en la tierra»¹⁰⁷.

107 BENEDICTO XVI, «Homilía en el Estadio Olímpico de Berlín», 22-IX-2011.